

Armand-Jean de Rancé: converso y reformador*

Introducción

La publicación de mi libro *A.-J. de Rancé, abad de La Trapa*, en 1974 (Oxford University Press), fue bien recibido por la mayoría de los recensionistas, incluso cistercienses de ambas observancias, pero aparentemente impresionó muy poco a la mayoría de monjes y monjas, aun a los del mundo de habla inglesa. Los que tenían algún conocimiento de Rancé fueron, por lo general, hostiles, y los que no sabían nada estaban demasiado ocupados con su vida religiosa diaria como para sentir alguna curiosidad. Por consiguiente, cuando fui invitado a dar una serie de conferencias en los Estados Unidos y en Canadá, me dirigí a los miembros del auditorio menos eruditos y traté de dar, lo más simple y directamente posible, una descripción humana de Rancé y de La Trapa, como una comunidad lle-

* De *Cistercian Studies Quarterly* 18 (1983), pp. 24-41. Estas son las primeras dos de una serie de conferencias dictadas en una docena de monasterios y conventos cistercienses norteamericanos, en 1982. Estamos endeudados con el P. Félix Donahue, de Getsemaní, por haberlas transcrito para que sean accesibles a los lectores.

El Dr. Krailsheimer nació en Londres, hizo sus estudios universitarios en Oxford, y completó su obra doctoral sobre Rabelais en 1953. Desde entonces ha dado conferencias en francés en Oxford, y está a cargo de las Lenguas modernas. Es autor de una docena de libros sobre temas tales como Rabelais, Pascal, Flaubert y Rancé. Cistercian Publications tiene proyectado la publicación de las cartas de Rancé que han sido traducidas y editadas por Dr. Krailsheimer. Su interés por la vida monástica empezó con su trabajo sobre Rancé en 1966, cuando visitó La Trapa por primera vez.

vando una vida muy específica bajo su liderazgo. Para lograr ese fin, selección y simplificación fueron inevitables, pero tal serie de conferencias podría poner los fundamentos para un estudio adicional y discusión posterior, mientras disipaba algunos de los conceptos erróneos más grotescos y generalizados.

En todas partes encontré que el número de preguntas surgidas y el vigor de la discusión evidenciaban un interés profundo y genuino por Rancé y por lo que él representa. He consentido en la publicación de estas conferencias sólo como medida provisoria; es claro que todavía se necesita algún tratamiento del tema más amplio, pero, a la vez, más accesible. Mientras tanto, las páginas que siguen indicarán donde se debería poner el énfasis en el futuro para que la relevancia de Rancé y el espíritu trapense original sean apreciados hoy. Frecuentemente, apreciaciones improvisadas condujeron a verdaderos errores. Estos han sido corregidos, pero el texto es virtualmente todavía el que se entrega en las diversas casas.

I Parte: El converso

La imagen de Armand-Jean de Rancé ha sido grotescamente deformada, en parte por biógrafos extremadamente ineptos que comenzaron a escribir tres años después de su muerte, en parte por la transmisión de su obra publicada fuera de todo contexto crítico —sobre todo para los monjes— por experiencia personal o de oídas de la experiencia de otros —experiencia abrumadoramente negativa de vida vivida más o menos según los preceptos de Rancé. (Notemos que la única edición inglesa de su principal obra fue publicada en Dublín en 1830). El prejuicio es innegable y, por ello, las razones no son del todo vergonzosas.

Tengo la intención de tratar de explicar algunas cosas que de ninguna manera son evidentes fuera de su contexto histórico, y de sugerir algunas conclusiones dentro de ese contexto. El primer hecho, y esto es de importancia crucial, es que Rancé fue un converso. Todos los que han oído de él saben, de alguna manera, una u otra versión de su conversión, la cual, naturalmente, implica una dama: la duquesa de Montbazon. Cualesquiera que sean los hechos verdícos acerca del incidente —y estoy seguro de que no los conoceremos nunca— es mucho más importante, aunque menos ro-

mántico, saber *de lo qué* se convirtió y *hacia dónde* se convirtió. Aquí podemos fiarnos de detalles verificables.

Estudí el tema de la conversión y publiqué un pequeño libro sobre la misma hace dos años¹. La conclusión más importante a la que llegué es que, mientras casi todos los conversos son clasificados según su destino, casi ninguno es clasificado considerando el lugar desde donde comenzaron. La relación entre ambos está muy claramente polarizada por los que llamo conversos primarios, y no por los que llamo conversos secundarios. Los grandes conversos, como San Pablo, San Agustín, San Francisco, San Ignacio, el General Booth, Edith Stein, Carlos de Foucauld, fueron convertidos por una intervención directa de Dios. No fueron convertidos por el efecto de una lectura o por el contacto con otra persona. En esto difieren de la gran mayoría, que son convertidos por éste o aquel predicador o director espiritual, y así pueden ser descritos como conversos secundarios.

El *desde* y el *hacia* en el caso de Rancé es absolutamente indispensable para poder comprenderle. Puesto que este "desde" se refiere a su crianza y su trasfondo social, es esencial para comprender tanto la naturaleza de su influencia como la dirección seguida después de su conversión.

Su nombre, Armand-Jean, proviene del francés más poderoso sin sangre real que haya existido hasta aquel tiempo: el cardenal Armand-Jean Richelieu, que era su padrino. Tanto el padre de Rancé como su tío eran ministros y el favor del gran hombre les abría todas las puertas. La familia crecía mucho en prestigio. En el siglo XVII la Iglesia y el estado no estaban separados y ambos eran fuentes de gran poder y riquezas. Dos de los tíos de Rancé eran obispos (uno llegó a ser arzobispo). Una de las tías era abadesa de la gran casa cisterciense de San Antonio, en París. Su hermano mayor, Denis, gozaba del título y las rentas de tres abadías y dos prioratos desde su niñez. Cuando murió Denis, a la edad de diecisiete años, Rancé, que había estado preparándose para una carrera militar con los Caballeros

¹ *Conversión*, por Alban Krailsheimer, SCM, 1980. Este volumen trata de las experiencias de conversión de modelos tan fundamentales como los santos Pablo, Agustín y Francisco, como también retratos de Martín Lutero, Ignacio de Loyola, Blaise Pascal, Armand-Jean de Rancé, John Bunyan, William Booth, Charles de Foucauld, Edith Stein, Simone Weil y Thomas Merton.

de Malta, heredó esta cartera espiritual a los doce años —¡no sea que la familia perdiera la inversión!

Permítanme recordarles que la institución inicua de *in commendam* significaba que el rey de Francia, desde el año 1516 aproximadamente, tenía alrededor de seiscientos beneficios, abadías, prioratos, canonjías —todos los beneficios más lucrativos en Francia—, con los cuales podía recompensar a sus favoritos. El único motivo para tal recompensa era, por supuesto, haberle hecho algún servicio; la condición espiritual y el buen ejemplo del beneficiario de ninguna manera venían al caso.

Tres de las hermanas de Rancé abrazaron el estado religioso. Todas, por lo que sabemos (seguramente dos y, probablemente, una tercera) ingresaron a edad muy temprana. Según la poco conocida noticia de su fallecimiento, la mayor de estas hermanas fue enviada de niña a vivir con su abuela, pero mostró señas de mundanidad a la edad de ocho o nueve años. (¿De qué manera manifiesta una señas de mundanidad a esta tierna edad?). Su madre, alarmada, la retiró de tan amenazadora compañía y la mandó a las Anunciadas para su rehabilitación. Entró allí a los nueve o diez años. Evidentemente, la curación fue eficaz porque la muchacha nunca salió, aunque —por supuesto— no pudo ser profesa hasta no tener quince años. Esto puede darles una idea de cómo era la familia Rancé.

Otra hermana menor ingresó en la misma Orden a los quince años contra los deseos de su padre, porque tenía mala salud pero, de hecho, sobrevivió a su hermano. Ella es una fuente muy valiosa de información. La tercera hermana llegó a ser cisterciense y parece haber llevado una vida edificante, aunque fue reprendida al menos una vez por su hermano por haber pedido ir a Vichy para tratarse una enfermedad.

Las dos hermanas mayores de Rancé se casaron con nobles de mediana posición, ayudando así a la influencia general de la familia. Vale la pena notar que Rancé padre hizo generosos donativos (en aquellos días se llamaban dotes) por sus tres hijas. Esto muestra que su patrocinio no fue de mal grado. También hizo un testamento que era convencionalmente —pero no menos genuinamente— piadoso. Así que el trasfondo general de Rancé era supuestamente respetable. Su madre falleció en 1639 y no parece, pese a todas las tentativas hagiográficas, haber tenido alguna influencia notable sobre Rancé.

En una época en la que la mayoría de las casas religiosas eran *in commendam* y el absentismo era norma entre los obispos, no había ninguna relación entre dignidad eclesiástica y piedad. Un obispo o un abad que hacía uso de sus rentas públicas de una manera apropiada (es decir, no jugaba por dinero), que era un buen administrador y no causaba abierto escándalo, era respetado aunque, como sucedió con el arzobispo coadjutor de París, el cardenal de Retz, los desórdenes de su vida privada e intrigas políticas hoy en día nos chocan.

Según la evidencia, las hermanas de Rancé eran buenas monjas. Tenemos más o menos sesenta y dos cartas de Rancé a su hermana menor y ellas muestran una personalidad muy atrayente. Su tío, el arzobispo de Tours, era según los biógrafos, un prelado concienzudo, pero Rancé lo encontraba cínico y negligente en sus deberes. En general, se podría decir, con imparcialidad, que la familia superaba el término medio en piedad.

La educación de Rancé era excelente. No fue a la escuela, pero preceptores privados le transmitieron conocimientos excelentes de latín y de griego. Tenemos evidencia irrefutable de que conocía ambos idiomas extremadamente bien. También fueron óptimos sus estudios universitarios de teología. En una clase a la que también asistía Bossuet, quien estaba lejos de ser un ignorante, salió clasificado número uno, mientras que Bossuet lo fue número tres. Personalmente creo que esto fue un convencionalismo debido a la posición noble de Rancé; su capacidad intelectual está suficientemente atestiguada como para que le haya sido posible ocupar el tercer puesto y Bossuet, el primero (el segundo lugar lo ocupaba un estudiante que siempre había sido premiado *ex officio* número dos). Pero el hecho de haber logrado tal puesto en la misma clase que Bossuet es ya, en alguna medida, prueba de su distinción teológica.

Socialmente, Rancé era animado y agradable, de buen vestir, buen conversador, aficionado a las cabalgatas, a la caza, al tiro y parecidas ocupaciones aristocráticas; generalmente era un miembro bien recibido en la sociedad elegante, y no el tipo de persona alrededor de la cual se encuentra un espacio vacío en las tertulias. Sus amigos estaban —como él mismo— destinados a ocupar altos cargos en la Iglesia (uno llegó a ser cardenal, Etienne le Camus, el obispo de Grenoble, y varios más llegaron a ser obispos) o magistrados y diplomáticos (uno de sus íntimos amigos llegó a ser embajador en Londres; otros llegaron a ser grandes servidores del Estado).

Quisiera concluir esta sección subrayando que Rancé tenía éxito; no era solamente prometedor.

En religión o en asuntos eclesiásticos, daba los pasos acertados. Era archidiácono de su tío. Este título desapareció en el siglo XIX, pero, de hecho, era el funcionario administrativo de una sección de la diócesis. Las diócesis, según el número de parroquias, fueron divididas en archidiaconatos. El archidiácono ejercía la supervisión sobre los beneficiados y las parroquias en esa área. Era un tipo de inspector errante, cuyo trabajo requería suma responsabilidad. Su tío lo nombró archidiácono de Tours (eran tres en total), y parece que se desempeñó eficiente y enérgicamente.

Fue ordenado en 1651 y, según la expectativa general, era claro que sucediera a su tío como arzobispo de Tours.

En 1656, cuando se reunió la asamblea de los clérigos franceses, fue delegado para acompañar a su tío (lo que era bastante insólito para un clérigo menor como él). Bastante pronto fue designado, por la asamblea, capellán del tío del rey. Era una posición más o menos honoraria, pero no menos honrosa. El tío del rey era el duque de Orleans, el cual aparecerá otra vez en esta historia. La única cosa que salió mal en esta sesión fue que su tío, con cierta imprudencia, propuso a Rancé como sucesor de Richelieu al cardenal Mazarino, el cual odiaba a la familia Rancé y deseaba gustosamente hacerle daño. Mazarino respondió que solamente después de su muerte podría Rancé llegar a ser arzobispo coadjutor. (Desgraciadamente, Mazarino vivió seis años más y así nunca sabremos lo que hubiera podido suceder.) Definitivamente, esta fue una repulsa, pero no definitiva.

Utilizando términos partidistas (y acordémonos que en el siglo XVII los términos de los partidos eclesiásticos eran los que importaban), podemos decir que Rancé evitaba las facciones. Esta es una palabra que utiliza frecuentemente (*parti*, en francés) y siempre en sentido peyorativo. Pero sus amigos —y presumiblemente sus simpatías privadas— estaban claramente en favor de los valores tradicionales y aun rigoristas, en contraste con las innovaciones de los jesuitas. Es asunto de índole histórica que no había acuerdo entre Rancé y los jesuitas. Esto no quiere decir necesariamente que Rancé no tuviera razón. Nunca fue jansenista en sentido formal, es decir: miembro alistado del partido, y está claro que Santo Tomás y San Agustín fueron siempre sus maestros teológicos. Pero sea lo que fuere, su

propio comportamiento mundano –y nadie sugiere que fuera deshonroso– aprobó el rigor de la enseñanza moral de los jansenistas aunque nunca compartía sus excesos espirituales, por ejemplo: la abstinencia impuesta de los sacramentos, que era una piedra de toque muy común de la práctica jansenista. Rancé nunca aprobó, ni practicó esto.

En conjunto, la vida que llevaba Rancé era mundana, pero no perversa. Era superficial más que pecaminosa, y era vana en los dos sentidos de autosatisfacción y vacío. Pero era como sacerdote que se movía en la sociedad, y como abad y prior de sus beneficios titulares que disfrutaba de la renta confortable, sin impuestos, que le mantenía en un relativo lujo.

Así llegamos a su conversión. Madame de Montbazon tenía catorce años más que Rancé, y era cuarenta y cuatro años más joven que su esposo. La pérdida de su madre podría haber sido la causa de que Rancé, a la edad de doce años, se sintiera emocionalmente necesitado de alguien. De hecho, las dos familias tenían propiedades vecinas en Touraine. (Estas eran tan vastas que el calificativo de “vecinas” resulta ser una metáfora.) Iban en coche a visitarse mutuamente y a reunirse en sociedad. Es bastante claro que ella era una visitante muy bien recibida en el castillo de los Rancé, y viceversa. Hubiera sido antinatural si ella no hubiera tratado a los hijos huérfanos, si no como una madre, al menos como una tía predilecta. Es claro también que la belleza, ingenio y talante social de Madame de Montbazon –que son legendarios– y su preeminencia social –era una de las más populares anfitrionas de París, con todo lo que esto implica– han podido ayudarle a entrar a participar en la sociedad. Por eso, es razonable suponer que este muchacho algo tímido llegó a depender de ella desde una edad temprana y, en el curso de su evolución hasta la edad adulta, probablemente acudía a ella para obtener consejo y aliento.

Cualquiera que fuera la naturaleza exacta de la relación entre ellos, su muerte súbita de escarlatina en abril de 1657, fue el gran choque que señala el comienzo del proceso irreversible de conversión. (En cada una de las historias de los doce casos que he estudiado, hay un momento que se puede identificar después del cual el pasado queda interrumpido para siempre. En ningún caso sabían los conversos lo que iban a hacer; en todos los casos sabían que iban a dejar de hacer lo que habían hecho hasta ese momento.)

Las verdaderas circunstancias del golpe han sido tan deformadas por leyendas que probablemente nunca sabremos la verdad de los hechos. Evidentemente, Madame de Montbazon fue atacada de escarlatina y murió a los cuatro días, como era bastante normal en aquella época. Cuando Rancé llegó a la casa, pensando unirse a la tertulia, encontró que ella se moría, y el fin llegó tan súbitamente que se hallaba de hecho en su casa descansando, cuando ella falleció.

Lo que me ha parecido muy significativo es que estaba tan transtornado que ni siquiera asistió a los funerales. Inmediatamente regresó en su coche a Tours. Esto sugiere un golpe tan traumático que no puede ser descrito. Juzgando por sus innumerables referencias posteriores a la muerte en cartas y obras impresas, parece que este choque constaba de dos elementos distintos. Estaba la realidad de la pérdida: alguien que había sido una parte de su vida durante dieciocho o diecinueve años, de repente no estaba más allí. Y también la ineludible realidad del juicio. Veinticinco años más tarde escribió al comienzo de *Santidad (Santidad y deberes de la vida monástica)*: “La muerte y el juicio son una misma cosa”. Sin duda, fue la confrontación súbita y violenta con la verdad de que fácilmente podría haber sido él quien muriese desprevenido, lo que provocó la crisis.

Su inmediata y primera reacción fue buscar consejo. Todos los conversos que he estudiado hacen esto. Llegan a su conversión de repente e inesperadamente, y a veces de mala gana. La primera cosa que hacen es buscar consejo. Rancé hizo esto los seis años siguientes. Sabía con certeza que su vida anterior había terminado tan definitivamente como la de Madame de Montbazon. Pero no sabía en absoluto qué era lo que debía hacer, aparte de retirarse a su refugio rural cerca de Tours.

La primera persona a la cual acudió llegó a ser, si no lo era ya, una figura clave en su vida. Se llamaba Luisa Rogier, conocida como la Madre Luisa. Tenía diez años más que Rancé. A los diecisiete años, había llegado a ser amante —que era un cargo oficial con un sueldo reconocido— del duque de Orleans. (Hubo otras no-oficiales que tenían sueldos accidentales o incidentales.) Durante un año o quince meses tuvo relaciones con el duque de Orleans quien, por supuesto, era casado. En general, disfrutaba de la celebridad del cargo. Quedó encinta y fue lo suficientemente tonta como para empezar una intriga amorosa con uno de los otros cortesanos, siendo descubierta por el duque. Es importante subrayar que su comportamiento era completamente malo y fue despedida de su empleo. Le llevó bastante

tiempo para readaptarse a la situación. Hizo que su hijo fuera adoptado, y terminó por ser profesa, más o menos ocho años más tarde, en la Visitación de Tours. (Debe de haber estado en el convento bastante tiempo antes de profesar.) Allí fue superiora durante dieciocho años —el número máximo de trienios permitido— y asistente durante un tiempo equivalente. Murió a los 94 años, en 1707. Un hecho interesante acerca de su vida, que nos dice algo acerca del estado de la vida religiosa de aquella época, es que a la edad de ochenta y cinco años ella había sobrevivido a todas las superiores anteriores y fue designada maestra de novicias. Dos años más tarde, escribió las obituarías de la última superiora fallecida, en las cuales dice tristemente que, puesto que ella es la única ex-superiora sobreviviente, le toca a la edad de ochenta y siete años escribir las obituarías de su sucesora. Pero lo importante acerca de esta mujer es que había saldado en un cien por ciento sus pecados de una manera pública y era una conversa total, una penitente cabal a la manera de María Magdalena. No hace falta ser un buen psicólogo para ver que, si después de haber perdido a una mujer como Madame de Montbazon, la primera persona a la cual Rancé pidió consejo fue otra mujer con ese tipo de credenciales, entonces su desarrollo afectivo tenía una gran necesidad femenina. Su tía viuda, Madame Bouthillier, fue también otra persona cuyo consejo buscó.

A través de la Madre Luisa, Rancé se puso inmediatamente bajo la dirección de un oratoriano por el resto de su vida (los siguientes cuarenta años o más), y llegó a estar muy cerca de esa congregación a la cual pertenecían algunos de sus amigos más íntimos.

También a través de ella y del Oratorio, se puso bajo la guía general —no bajo la dirección espiritual— del miembro más anciano del vasto clan Arnauld. Éste contaba veintiún miembros; el más anciano era Arnauld d'Andilly. El más joven era el famoso Antonio Arnauld, líder de los jansenistas. La cosa más interesante acerca de Andilly no es tanto que era jansenista, sino que en ese preciso momento (1657) terminaba su traducción de los Padres del Desierto. Esto, por supuesto, va a ser enormemente significativo. Después, incidentalmente, tradujo Santa Teresa de Ávila y otras obras espirituales.

Entre 1657 y 1662, la vida de Rancé estuvo dedicada a la lectura espiritual e histórica seria y, de veras, densa. (No creo que muchos de ustedes se lleven a Eusebio y a Baronio para leer después de Completas, pero

esto es lo que hizo Rancé a instancia de Andilly: era una excelente prueba de su conversión).

Hizo un retiro estricto, pero no notablemente austero —uno de sus biógrafos observa, bastante cándidamente, que renunció a comidas exquisitas y se limitó a la carne de vaca y de carnero—; y no recibió visitas, aunque no podía fácilmente evitarlas. Viajó hasta los Pirineos —lo que en aquellos días era una empresa notable— para buscar el consejo de tres obispos que vivían en esa región. Y se ocupó de la tediosa tarea de transferir todos sus beneficios, menos uno, a amigos. No se podía transferir un beneficio sin el permiso real, y éste era sólo un poco más expeditivo que el permiso curial.

Dispuso aplicar algunos de los fondos disfrutados desde hacía largo tiempo por su familia a la restauración de los edificios descuidados de las abadías y prioratos, que recorría sistemáticamente para poder redactar un programa de construcción.

Hubo muchos precedentes —y no solamente entre los jansenistas, aunque estos se aferraban a la práctica— de abades comendatarios que vivían en el monasterio, pero no dentro de la clausura, y se asociaban a la vida espiritual de sus monjes; generalmente se preocupaban de su bienestar material sin emitir votos. (Nadie condenaba la práctica de *in commendam*, la cual estaba demasiado extendida. Lo que sí decían era que no se debía ser abad o prior de más de un beneficio.) En 1662, cinco años después de su conversión, esta era la intención de Rancé. Su deseo era retirarse a uno de sus prioratos que pertenecía a la Orden de Grandmont. Esta Orden estaba en las últimas etapas de su decadencia y finalmente murió de inanición en el siglo XVIII. No hizo falta la Revolución para acabar con ella. Había un priorato muy conveniente, no muy lejos de donde vivía el duque de Orleans, y Rancé había puesto su mirada en él.

Por reminiscencias subsecuentes, sabemos que Rancé no tenía una buena opinión de los monjes, pero no sabemos exactamente por qué. Posiblemente porque conocía sólo a algunos; y quizás también porque no conocía a los más auténticos.

Había renunciado a la posibilidad de ser obispo. Algunos de sus consejeros habían dicho que debía llegar a ser un pastor concienzudo —a su pedido hubiera podido obtener cualquier obispado en Francia— pero él no quería eso.

La convergencia gradual de sus reacciones instintivas a la conversión, y el reconocimiento de sus deberes específicos a la luz de privilegios anteriormente abusados, llegaron al punto decisivo en julio de 1662. La más ruinosa de sus tres abadías era La Trapa. Además de iniciar y supervisar un programa importante de construcción, se daba cuenta, en la esfera espiritual, que sólo el celo reformador de la Estricta Observancia podría edificar sobre las ruinas la vida más propiamente monástica. Y así buscó y consiguió de las autoridades muy complacientes de la Estricta Observancia, siempre gustosas de anexar un monasterio más a su reforma, seis monjes de Perseigne, que estaba a quince o veinte millas de La Trapa y era el noviciado regional para los monasterios que buscaban introducir la reforma.

Según las mismas palabras de Rancé, lo que había hecho hasta ese momento era solamente intentar, por vía de reparación, reemplazar su anterior *amor sui* (amor de sí mismo) por *amor Dei* (amor de Dios), según los términos agustinianos a través de los que él se veía, y valiéndose siempre del consejo de otros. En los aproximadamente seis meses que siguieron a los comienzos de la reforma en La Trapa, toda búsqueda y discusión llegaron muy repentinamente a su fin. Por las razones prácticas de la supervisión y del trabajo de construcción que era, de hecho, más considerable de lo que había pensado en un primer momento, renunció a la idea de volver a su priorato de Grandmont para el invierno, y pasó el otoño y el invierno en un alojamiento incómodo y aun peligroso en La Trapa. Apenas escapó a la muerte cuando el cielo raso de una de las habitaciones se desplomó unos momentos después de su salida.

La experiencia diaria de la vida monástica vivida afanosamente según la *Regla* hizo lo que no podían hacer cantidad de lecturas y especulaciones. Hacia febrero de 1663, después de los preliminares necesarios de una consulta a las autoridades reales y a las autoridades de la Estricta Observancia, decidió ingresar en el noviciado de Perseigne en mayo. Recibió el hábito a mediados de junio e hizo los complejos trámites oficiales necesarios para asumir la función de abad regular, en vez de abad comendatario. Hacía falta un permiso especial para cambiar el estado legal de un beneficio, y era bastante extraordinario que un abad comendatario llegara a ser regular.

El proceso de conversión que he estado exponiendo puede ser convenientemente considerado como definitivo cuando profesó el 30 de junio de 1664 y asumió formalmente como abad el 14 de julio de ese mismo año.

II Parte: Rancé como abad y reformador

Prosigamos la historia desde el momento en que Rancé ingresó en la Orden Cisterciense y hablemos de él como abad y reformador. En una carta que escribió a la Madre Luisa sólo dos semanas después de asumir el puesto de abad, Rancé describe su motivo y su intención con suma claridad:

Me he consagrado a Dios por el resto de mis días en un estado que me parecía lo más vil y despreciable y, por eso, lo más conveniente para hacer penitencia por mis pecados. Me vi como a un hombre condenado al infierno por el número y la gravedad de sus pecados y pensé, al mismo tiempo, que la única manera de aplacar la ira de Dios era someterme a una penitencia que sólo podría terminar con mi vida.

El énfasis sobre la penitencia quedó como característica de Rancé hasta el fin, y es lo que las generaciones más recientes hasta la nuestra han encontrado especialmente inatractivo en él. Pero a la luz de su conversión personal, tal énfasis es del todo natural. Difícilmente se podría esperar que un hombre que había tenido tal experiencia traumática cesara de ser dramático a las dos semanas de haber asumido el cargo de abad.

Y aún más: innumerables hombres y mujeres, a lo largo de aquel siglo, trocaron una vida de disipación y mundanidad por una vida de penitencia parecida, tanto dentro como fuera de la clausura. Es un hecho muy interesante que valdría la pena investigar el que, no sólo en la Francia católica, sino también en la Inglaterra protestante, estas conversiones dramáticas fueron un rasgo muy característico del siglo XVII. Había muchas personas como la Madre Luisa, o una aún más distinguida y famosa conversa, Madame de La Vallière, quien, después de haber dado cuatro hijos a Luis XIV, dos de los cuales vivieron y fueron legitimados, literalmente huyó de su amante real (habiendo sido detenida una vez por la fuerza) e ingresó al Carmelo donde vivió una vida de piedad ejemplar y escribió un libro devocional que tuvo numerosas ediciones y fue traducido al inglés dentro de los doce meses de su aparición con un frontispicio que estoy

seguro les interesará: “Ofrecemos al público estas reflexiones de una dama tan piadosa como devota, a pesar de su adherencia romana”. Ella, también, se carteaba con Rancé.

En su época, Rancé no constituía una excepción en cuanto a la naturaleza dramática y absoluta de su conversión.

Teniendo en cuenta, también, el lenguaje de la época, debemos reconocer que tal insistencia aparentemente negativa en la penitencia no debe separarse del perdón y la salvación que son su resultado y su meta.

Un hombre no habla realmente de que creía estar condenado al infierno, a no ser que esté bastante seguro de que las cosas han cambiado y que está yendo en dirección opuesta. Rancé se había formado algunas ideas específicas sobre las maneras de llevar a cabo esta penitencia. A pesar de la gran impresión que le causó lo visto en la Estricta Observancia de La Trapa y, después, durante su noviciado en Perseigne, está claro que desde el principio tuvo la intención de seguir una observancia todavía más estricta, considerando que una austeridad mayor de la acostumbrada era un requisito necesario después del pecado más grave de lo acostumbrado.

Otros puntos aclaran este asunto. Rancé empezó con un sentido abrumador de culpabilidad centrado, casi seguramente, en el ejercicio mundano e indigno de su ministerio sacerdotal, en su uso egoísta del dinero que se debía a Dios y no al placer, y, en general, en no vivir de la gracia salvadora de Cristo. Sin duda, sus relaciones con Madame de Montbazon forman parte de esta culpabilidad, pero las innumerables referencias de años posteriores al carácter sagrado del sacerdocio sitúan en su contexto apropiado cualquier remordimiento sexual posible.

Sucedía muy frecuentemente que religiosos o seculares le escribían pidiéndole su consejo sobre si debían aceptar la ordenación. Se mantuvo muy firme al respecto. En una época en la que muchos se ordenaban meramente para disfrutar de los ingresos, él decía que, si no sentían un verdadero llamado a este sagrado oficio, era una blasfemia, una profanación hacerse sacerdote.

Una sola referencia explícita en una carta de 1663 y suposiciones razonables basadas en la cronología hacen que resulte seguro que muy pronto, después de su conversión inicial, se entusiasmó con especial fervor por los Padres del Desierto. Hay alguna evidencia de que los conocía aun antes de su conversión. La evidencia es esta: cuando se reunió la asamblea

de los clérigos dieciocho meses antes de su conversión, entre los temas a tratar —por una razón que desconozco— se encontraba la propuesta de que algunas de las obras de San Efrén el sirio fueran traducidas, y le fue pedido efectivamente a Rancé emprender esta tarea, lo que sugiere que se reconocía en él algún interés como también talento. La única razón por la que no la ejecutó fue la imposibilidad de proveerse de los manuscritos griegos adecuados.

Inmediatamente después de su conversión, parece claro que trataba de encontrar alguna manera de seguir el ejemplo de estos Padres del Desierto y, en particular, su héroe, San Juan Clímaco.

Su falta de aprecio por los monjes contemporáneos puede haber estado basada en la ignorancia o en un espécimen no-representativo. Pero fue solamente cuando se incorporó a la comunidad de monjes verdaderos y buenos, por esos meses cruciales de 1662 y 1663, que parece haber combinado su resolución previa de vivir en una de sus abadías con su deseo de seguir a los Padres del Desierto. Por la aplicación de criterios más estrictos a las reglas de la Estricta Observancia que ya existían y por la asunción de un hábito que desde hacía mucho tiempo despreciaba (probablemente, yo creo, a causa de su connotación de subordinación), podía inaugurar en escala muy modesta en La Trapa la vuelta a los ideales primitivos en y a la cabeza de una comunidad. Ese me parece ser el verdadero toque.

Los que habían encabezado el movimiento de la reforma cisterciense en años anteriores del mismo siglo —la Estricta Observancia empezó con un grupo de abades celosos durante la década de los años 1620 ó 1630— fueron abades ya en ejercicio que querían reformar sus comunidades y que eran religiosos profesos.

La política real prohibía toda nueva fundación —no sea que las rentas públicas disponibles se diluyeran—, y así toda reforma debía emprenderse en casas y con religiosos existentes y tenía que ser formulada en términos de una regla vigente, modificada sin interrupción de la vida cotidiana y la estructura de la Orden.

Las exigencias más urgentes para alguien que viene de afuera con problemas personales apremiantes y sin ninguna experiencia monástica, como fue el caso de Rancé, son totalmente diferentes de las apropiadas a los que tienen voto de obediencia y están limitados por las realidades de

una situación que hace imposible un comienzo completamente nuevo. En tales circunstancias, no debe causar asombro el hecho de que las autoridades de la Estricta Observancia fueran escépticas y asumieran una actitud de desgano frente a los planes de su nuevo recluta para su casa ruinosa y despoblada. Introducir la reforma más estricta de todas en una casa mantenida con seis monjes prestados, parecía ser bastante arriesgado. No le impidieron hacer la tentativa, y probablemente no se lo hubieran podido impedir si así lo hubieran querido. (No queda constancia de que alguien haya exitosamente prohibido a Rancé intentar alguna cosa.)

Había estado menos de dos meses con su pequeña comunidad, cuando fue citado a una reunión de los superiores de la Estricta Observancia, en París. A dicha reunión no se la puede llamar capítulo porque no tenía estado canónico, aunque en realidad lo era. Le fue causa de consternación ser designado, con otro abad que hacía trece años que estaba en la Orden después de una carrera distinguida como seglar, para ir a Roma para debatir el caso en favor de la Estricta Observancia, que se encontraba entonces en su etapa final. El punto que se discutía era: ¿de qué grado de autonomía podría gozar la Estricta Observancia bajo el abad del Císter y los proto-abades? La Estricta Observancia quería virtualmente autonomía total con ciertos vínculos solamente formales con los proto-abades, y en lo demás, obrar por su propia cuenta. En particular, querían aceptar sus propios novicios y, al tomar posesión de una casa tras otra, anexar la misma a su propia observancia. La Observancia común, con razón, tenía esta táctica.

Por un proceso de eliminación parecido al que le había llevado primeramente a ingresar en la Orden, se puede ver cómo Rancé fue inexorablemente empujado a la posición virtualmente autónoma y solitaria que asumió en 1675.

El año de noviciado en Perseigne no fue como los años de noviciado que todos ustedes han experimentado. Era un año en total. Él estuvo allí uno o dos meses y tuvo que regresar a La Trapa por unas semanas porque estaba gravemente enfermo. Al volver sucedió un acontecimiento aún más insólito: una de las casas vecinas regida por un abad absentista empezó a ser causa de una seria perturbación: dos facciones dentro de la abadía de Champagne llegaron a las manos y el abad de Rancé lo envió —a pesar de que era novicio— para calmar el tumulto, lo que logró con un éxito total.

Por supuesto, que lo hizo en calidad de noble y no como dignatario de la Orden.

Ese año interrumpido, evidentemente, no calificó a Rancé para defender la causa de la Estricta Observancia desde el punto de vista de la experiencia personal. Los abades lo habían elegido por su personalidad y por sus contactos en los círculos influyentes de la corte.

A la hora de partir a Roma, donde sufrió el máximo de frustración, Rancé supo con certeza que nunca más volvería al mundo de las intrigas y los litigios eclesiásticos, a los que había renunciado desde su conversión, a no ser forzado por la obediencia. Regresó a su abadía en junio de 1666, después de una ausencia de dieciseis meses.

Los procedimientos del capítulo general de 1667, el único al cual ha asistido, le alejó definitivamente de la Observancia común y de la Orden en su conjunto. El abad de Císter tuvo la imprudencia de designar a Rancé como uno de los dos secretarios de ese capítulo general, según el viejo principio del ejército que dice que si a un hombre se le da una responsabilidad, no causa tanta molestia. El abad de Císter se equivocó en su estimación de Rancé. La finalidad del capítulo era recibir el breve *In Suprema*. Apenas el abad de Císter dio su versión sobre los acontecimientos ocurridos en Roma —en los cuales había tomado parte personalmente—, Rancé se puso de pie de un salto para afirmar lo contrario y encabezó una protesta bastante vigorosa.

Las reuniones turbulentas de los superiores de la Estricta Observancia, que le llevaron con frecuencia a París hasta 1675, completaron el proceso de desilusión con los bien intencionados pero crónicamente divididos líderes de la Estricta Observancia.

Aun si Rancé hubiera aceptado el liderazgo —de hecho, nunca lo hizo aunque frecuentemente tomó la iniciativa en las negociaciones— es dudoso que la Estricta Observancia hubiera conseguido la autonomía que buscaba, y es seguro que el esfuerzo hubiera sido enteramente a expensas de su propia casa y el bienestar de la misma. Mucho tiempo antes de 1675 se había dado cuenta de todo eso y había actuado de acuerdo a ello. Pero fue sólo en el momento en el que la Comisión Real se pronunció definitivamente en contra de la Estricta Observancia y sostuvo a la Observancia común, que se sintió absuelto de luchar contra lo inevitable y, a partir de entonces, se quedó en su casa.

Debo explicar que, después del Concordato de 1516, ningún edicto procedente de Roma era legítimo en Francia hasta que no fuera certificado por lo que se llamaba el *Parlement*, que era la corte suprema. Los reyes de Francia, desde aquel entonces, habían obstruido efectivamente la aprobación de gran número de asuntos; así, el concilio de Trento nunca fue recibido en Francia en el siglo XVI. Rancé, que se encontraba en una mejor situación para ejercer presión sobre la política real que sobre la política papal, se aprovechó de todo esto para mantener una oposición verbal muy eficaz desde 1666 —cuando fue publicado el breve— hasta 1675 —cuando por toda una variedad de razones que Lekai expone muy claramente y muy bien en su historia de la Estricta Observancia— la corona decidió en su contra. Una vez sucedido esto, Rancé sintió que había hecho todo lo que podía hacer: había escrito cartas personales al rey, fue frecuentemente a París cuando se enteró de la noticia. Había hecho absolutamente todo por una causa en la cual ya no tenía fe, y después se quedó en su casa. Es, probablemente, el único abad del cual se pueda decir que, en los últimos veinticinco años de su vida, franqueó las puertas del monasterio sólo cuatro veces, y cada vez para visitar un convento no muy lejos de casa.

Organizada y canónicamente, La Trapa era una casa cisterciense de la Estricta Observancia, de la filiación de Claraval, sujeta a visitas regulares y a los estatutos de la Orden. Pero en la práctica, siguió su propio camino bajo la sola guía de Rancé. Es necesario aseverar esto firmemente, dado que a menudo él ha sido acusado de intentar la fundación de una Orden separada, o aun alabado por haberlo logrado después de su muerte. No olvidemos que esa casa fue visitada canónicamente dos o tres veces durante el abadiato de Rancé por el visitador de la Estricta Observancia constituido canónicamente. Rancé no sólo no objetó esto, sino que se mostraba muy deseoso de que esta visita tuviera lugar. Y no era una ficción de cortesía. Rancé estaba realmente sujeto a las autoridades, con tal de que nunca le mandaran hacer alguna cosa que él no quisiese.

Después del capítulo de 1667, Rancé volvió a su opción primera. La experiencia temprana que tuvo de la responsabilidad de sus colegas en el gobierno de sus monasterios sólo lo confirmaba en su propósito. El Vicario General de la Estricta Observancia, por ejemplo, que era un hombre excelente llamado Jouaud, abad de la gran abadía bretona de Prières, una abadía floreciente, había estado ausente de la misma durante quince años. Esto no es bueno para ninguna casa.

El llamado al desierto, el voto que había hecho de hacer penitencia por el resto de su vida fue lo que le había atraído a La Trapa. Hacia el año 1667, después de aquel capítulo general, comprendió que aún la victoria de la Estricta Observancia estaba tan lejos de lo que buscaba personalmente que era mejor poner en orden su propia casa.

Todos aquellos meses de sumisión verbal y escrita le habían enseñado, sin embargo, dos cosas: el verdadero fundamento del desacuerdo entre la común Observancia y la Estricta Observancia —y así la *Regla* y los *Usos* del Císter vistos históricamente—, y también la necesidad de expresar su propia interpretación de la vida monástica según esos textos básicos.

Quisiera intercalar un paréntesis. El punto en disputa no era si debían comer carne o no. Esto no es sólo una simplificación, es falso, porque lo que estaba en disputa era todo el concepto de lo que la vida monástica, entendida en su pleno rigor, significaba. Mucho tiempo antes de la aparición de Rancé en la escena, existía un memorándum en el cual se mencionaba un gran número de cosas no practicadas por la común Observancia y esenciales a la observancia establecida por los Padres fundadores y por San Bernardo. Incluía el trabajo manual, el silencio, el acostarse enteramente vestidos en una cama de tablas con un colchón de paja, el uso de ropa rústica a diferencia de los hábitos finos usados por la común Observancia, abades que no viajaran en coches tirados por muchos caballos, etc. Estaba perfectamente claro que nadie podía vivir de acuerdo a la común Observancia y, al mismo tiempo, pretender ser un hijo espiritual de San Bernardo, aunque eso no quiere decir que tal vida no fuera edificante.

La inspiración del desierto nunca disminuyó, y aunque Rancé prestaba cada vez más atención a San Benito y a San Bernardo, tenía la tendencia de considerar sus fuentes primitivas, por ejemplo, sus fuentes griegas, como más importantes. Si prefería los Padres del Desierto, era porque la dirección espiritual de éstos no había sufrido la inevitable dilución y la mitigación legalizada a la cual todas las reglas codificadas están expuestas. Todos conocemos la situación: mientras que nada está expresado en términos de cantidades, momentos y horarios, uno puede siempre apelar al *espíritu* de la Orden o de la universidad o de lo que sea. Cuando se introduce una legislación, algún espíritu sagaz encontrará la manera de evitarla. Esto, por supuesto, es exactamente lo que pasó con la regla benedictina y los usos cistercienses.

Antes que Rancé pretendiese alguna justificación para su ambicioso proyecto, se presentó un pequeño asunto: cómo atraer reclutas. Merece ser comentado el hecho de que un hombre no tan joven (estaba en sus cuarenta por aquel entonces), cuyos días como monje eran inferiores por mucho a los de cualquier superior de la Orden, empezó a atraer reclutas desde lejos y de todas partes, y especialmente de otras Órdenes. En parte, era debido a su nombre y su fama. Pero la razón principal residía en su personalidad, pues, cuando todavía no existían los grabadores y la televisión, estas personalidades no eran exactamente un artículo vendible en el comercio: uno tenía que ir a buscarlas.

Pero religiosos asentados no hubieran dejado sus casas sólo por esa razón. Sin duda alguna, era la naturaleza llana e inflexible de la propuesta que ofrecía lo que atraía a los postulantes en número siempre creciente. No se puede afirmar muy seriamente que la esperanza de una austeridad rigurosa en sí misma resultara ser la atracción más grande. Abstinencia de carne, trabajo manual y silencio estricto demuestran el "cómo" y no el "por qué" de La Trapa. En el contexto de la época, es probable que la espiritualidad específica rivalizara, en fuerza atractiva, con lo que esas prácticas ascéticas excluyeron. La Trapa era un asilo de paz. Bremond, cuya formación en la Compañía de Jesús ciertamente no había conseguido enseñarle la caridad, eligió como título de su obra brillantemente escrita pero difamatoria, *El abad tempestuoso (L'abbé Tempête)*, por la razón de que este era uno de los símiles favoritos de Rancé. Lo que omite decir es que, nueve veces en diez (si no diez veces), Rancé dice: "Después de la tempestad, llegarás a un asilo de paz". Hubiera podido igualmente haber llamado a su obra *El abad de la paz* si, por supuesto, su tesis hubiera sido recta. El monasterio de Rancé era un asilo de paz para los cansados y angustiados por las disputas incesantes sobre el jansenismo, por los desacuerdos dentro de Órdenes particulares. Casi todas las Órdenes de Francia, excepto los cartujos, estaban divididas, por lo menos, en una reforma y una Observancia común. Esto se verifica en los franciscanos, los benedictinos, los premonstratenses, los celestinos, en todos. Estaban cansados del clima polémico encontrado aun en las parroquias, y agravado hasta 1685 por la controversia incesante con los protestantes. (El rey puso fin a la controversia suprimiendo a los protestantes).

Las necesidades propias de Rancé, como también sus convicciones, cerraban el camino a todo debate de cualquier especie. Su política era

sencillamente el silencio. Cuando, finalmente, fue persuadido a publicar, en 1683, su libro sobre la vida monástica, ya hacía muchos años —quizás desde 1666, cuando volvió de Roma— que instruía a su comunidad por medio de conferencias. Pero nótese que dio esta instrucción como alguien que aprendía diariamente de los grandes maestros del pasado. No podía darla como una persona experimentada, y no lo hizo así jamás.

Además, los escrúpulos de conciencia que son un rasgo tan común en las memorias del siglo XVII, en su monasterio, fueron dejados en la práctica completamente a su discreción. Hay muchas cartas, particularmente de su hermana, que era religiosa, acerca de las dificultades en la confesión y los escrúpulos, y Rancé se muestra sumamente sensato y moderado en todo esto. Dentro del monasterio, los monjes podían elegir entre varios confesores, pero de hecho —y no es causa de sorpresa— todos lo eligieron a él. (El Código de Derecho Canónico ha cambiado recientemente a este respecto.)

Como todo verdadero líder, se quedó al frente en la conducción. No pasaba su tiempo en París o en Roma con negocios más o menos necesarios como la mayoría de los abades. Hizo de la residencia en el monasterio su prioridad y desde 1675, su regla absoluta. Estaba siempre allí, en el coro y en el trabajo, con sus monjes. Cuando recibían sus palas o sus azadones, él los conducía al trabajo como un oficial mayor a su pelotón.

Se entrevistaba con cada postulante y, a menudo, mantenía después una larga correspondencia. Para precisar lo que quiere decir “larga” se deben recalcar dos casos: uno de los abades que le sucedió (Dom Gervaise) había sido carmelita y había tratado durante catorce años de persuadir a Rancé de aceptarle. (Rancé tuvo completamente razón al hacerle esperar porque eventualmente enloqueció y tuvo que ser despedido.) Otro sucesor (Dom La Cour) trató de volver durante más o menos once años, después de haber fracasado en una primera tentativa. Todo esto representa una gran cantidad de cartas. Aunque la admisión la efectuara legalmente la comunidad, fue de hecho —apenas hace falta decirlo— decisión del abad.

Cuando la muerte sobrevino en la comunidad (alrededor del 1673), fue su costumbre acompañar a cada monje moribundo, e introdujo de nuevo la vieja tradición de acostarlo sobre cilicio y ceniza en forma de cruz en su lecho de muerte. Los atendió durante su agonía para darles consuelo y alivio, y los hermanos que no estaban en el Oficio o en el trabajo lo rodea-

ban. De hecho, escribió en una ocasión en que había una reunión urgente de la Estricta Observancia en París: "No puedo ir; uno de mis hermanos está muriendo". Sólo cuando el obispo lo mandó ir, dejó a su hermano moribundo. Esto supone un grado de identificación con los suyos del que no hablan mucho los que se oponen a Rancé.

Esta identificación constante con sus monjes se extendió aun a aquellos cuyas fuerzas no les permitieron perseverar en el monasterio. Hay muchas cartas que dicen: "Mi querido hermano: siento que no tengas la fuerza suficiente para poder quedarte con nosotros. Espero que las lecciones que has aprendido entre nosotros te sean de provecho en la abadía de... donde se que encontrarás la felicidad". Se mantuvo en contacto con estas personas que no habían podido quedarse.

Todas estas cosas constituyen un ejemplo sin el cual todas las palabras lindas y toda la erudición de su obra publicada hubieran sido huecas.

Uno puede ver en sus cartas que el crecimiento rápido de su responsabilidad para con tantas otras personas cambió el foco de su interés. Su propia necesidad de penitencia siempre permaneció, pero cada día era más el tiempo que pasaba con los problemas ajenos, los cuales pronto llegaron a ser una prioridad. Este es un punto absolutamente crucial en el desarrollo de su carácter.

Inevitablemente, surge el asunto de su polémica pública y amarga con Mabillon sobre los estudios monásticos. Dos puntos tienen que ser distinguidos. Ya en 1671, empezó la crítica cuando salió la primera publicación desautorizada de los reglamentos de La Trapa bajo un título que le enfureció: *Las Constituciones de La Trapa*. Lo que había sucedido era que a todos los novicios, que aflúan en gran número a La Trapa, les fueron entregadas reglas escritas a mano, como imagino que sucedió en todas partes antes de que existiera la máquina de escribir. Como tantos no fueron aceptados, inevitablemente al volver al mundo llevaron consigo estas reglas, y algún editor emprendedor las publicó. Rancé se enfadó mucho a causa de esto.

De facto y de iure, Rancé se preocupaba sólo por su propia abadía. Si otras personas le preguntaban cómo hacía las cosas, él respondía. Pero daba esa información a modo de consejo, nunca como mandato. Citemos un ejemplo específico: prohibió todo estudio distinto de la *lectio divina*, por razones que eran perfectamente válidas en La Trapa. Las reglas fueron

elaboradas a modo de ensayo y eran eficaces. Rancé, con razón, quiso fijarlas. Pero cuando se trataba de defender su interpretación peculiar a la luz de la crítica de afuera, como, por ejemplo, en el caso de estas reglas para novicios —una crítica que implicaba una comparación con otras casas u Órdenes de buena reputación— cometió el error común y humano de generalizar desde lo particular, dictando como precepto universal justificado por la historia lo que no tenía la intención de cambiar, en todo caso, en La Trapa. Actuaba primero y encontraba la justificación después.

Tal comunidad atípica podría servir como ejemplo de rigor pero nunca, en el siglo XVII, podría ser considerada como una norma o aun como un ideal para ser alcanzado por todos. No viene al caso defender la actitud dogmática y farisaica de Rancé. Esto le hizo mucho daño, aunque a muchos los hizo pensar. Pero lo que escribió para la gente ajena a La Trapa, consistía enteramente —como él mismo lo dice— en la instrucción dada a sus propios monjes dentro del monasterio.

Como Pascal, a quien se parece en muchos aspectos, Rancé perseguía un ideal que sólo al cambiar las circunstancias llegó a ser realizable para la generalidad, quitando así las objeciones principales —en el caso de Rancé, cien años después de su muerte cuando la revitalización trapense del siglo XIX generalizó su manera de vida particular.

Amar y servir a Dios en comunidad es la base de toda vida monástica verdadera y Rancé vio esto sencillamente como una exigencia de total erradicación de todo lo que podía fomentar el amor propio.

continuará